

EL INDIVIDUALISMO AUTORITARIO

Nicolás Viotti

101



EL INDIVIDUALISMO AUTORITARIO

Nicolás Viotti²⁶

Introducción

En las sociedades latinoamericanas presenciamos una nueva legitimidad política conservadora que se manifiesta en opciones políticas, con la elección de Jair Bolsonaro tal vez como el paradigma más claro, pero que se manifiesta sobre todo en una corriente más capilar que atraviesa la vida cotidiana. Emerge en las reacciones contra las políticas de igualdad de género, en el rechazo público de minorías étnicas y en discursos explícitos que abandonan el camino posible de la inclusión social de los sectores postergados. Más que un sistema ideológico conservador consistente, esas reacciones parecerían ser efecto de un malestar que se manifiesta en el desapego a los valores igualitarios encarnados en los sentidos comunes democráticos, que se expresan con intensidades variables. ¿Qué nos dice este proceso sobre las democracias latinoamericanas que se consolidaron luego del ciclo autoritario de la década de 1970? ¿Significa todo esto un regreso del autoritarismo? ¿Una continuidad con una cultura jerárquica? ¿O hay algo nuevo en los “nuevos” conservadurismos?

Es claro que el clima conservador no es algo reciente, pero nos interesa subrayar un rasgo que muchas veces pasa desapercibido en los análisis políticos sobre el denominado “neoconservadurismo”. Esto es que, lejos de estar vinculado con formas sociales jerárquicas que estarían mostrando la persistencia de valores arcaicos u opuestos a los del individualismo igualitario, el giro conservador contemporáneo —y tal vez los conservadurismos modernos en general— está fuertemente atado a los procesos de individualización de las últimas décadas. Estas transformaciones, ancladas en el consumo de gran escala y la difusión de modos de subjetivación centradas en el yo, el cuidado de uno mismo y el placer como una ética del capitalismo contemporáneo atraviesan las últimas décadas del siglo XX. Con una mirada general sobre la región, pero con foco en Argentina, nos interesa reflexionar sobre la hipótesis de que son justamente esos procesos de individualización el horizonte moral sobre el que se tejen parte de los conservadurismos contemporáneos.

A continuación, el artículo describe de modo breve algunos rasgos generales de las relaciones entre individualismo y política, sobre todo a partir de las ideas del antropólogo Louis Dumont (1987a, 1987b, 1987c), quien ha desarrollado uno de los análisis más sustanciales sobre este problema. Luego, se detiene en lo que entendemos como una mirada al conservadurismo “desde abajo”, que permite indagar en un proceso de ofensa moral a una versión contemporánea de los valores individualistas. Esa ofensa se manifiesta en pánicos morales contra colectivos y modos de vida identificados como amenazas. Con esto, nos interesa discutir con las imágenes de las ideologías como creencias políticas sistémicas elaboradas de

²⁶ CONICET/IDAES-UNSAM



forma abstracta y con las miradas que priorizan las identidades estáticas con organizaciones, grupos corporativos o instituciones²⁷. Por el contrario, entendemos que esas posiciones son resultado de procesos situados y que considerar públicos diversos y heterogéneos, más allá de intelectuales y activistas, nos permite alcanzar un nivel mucho más diverso, y socialmente eficaz, de condensación de las sensibilidades conservadoras²⁸.

Finalmente, el artículo retoma una reflexión más general sobre las relaciones entre individualismo conservador y el problema de la desconfianza. Entendemos que la legitimidad pública del conservadurismo contemporáneo excede el ámbito de lo estrictamente político, es una transformación ontológica más general de las relaciones entre subjetividad y confianza, que niega certezas que hasta hace poco tiempo poseían un relativo apoyo. Por un lado, mina la confianza en las instituciones democráticas; por otro, pone en duda la certeza científica. Esa desconfianza social se encuentra íntimamente asociada con teorías conspirativas y modos contemporáneos de circulación del conocimiento, que no son una desviación o el resultado de una “falta cognitiva” a ser remediada con más y mejor información, sino realidades que deben ser entendidas en sus propios términos y consideradas en la gestión del individualismo como una dimensión central de la experiencia contemporánea.

Individualismo autoritario

El problema del individualismo ha sido un tema clásico de las ciencias sociales y del pensamiento político del siglo XIX. Mayoritariamente, las miradas sobre este fenómeno lo han asociado con una dimensión progresiva de la vida moderna y en contraste con un modo de organización social jerárquico asociado con el orden conservador y reaccionario. La imagen de la revuelta liberal contra el *Ancienne Régime* ha sido tal vez el modelo paradigmático para imaginar esa tensión entre individualismo y conservadurismo, lo que atenta contra la posibilidad de detectar la dimensión conservadora del propio individualismo.

El individualismo parece ser, por un lado, una categoría acusatoria con un uso político coyuntural, que es utilizada en un sentido normativo como sinónimo de falta de sociedad, falta de moral. Usada con recurrencia en las críticas actuales al “neoliberalismo” o el “egoísmo”, a veces imaginados como sinónimos. Pero al mismo tiempo, el individualismo resulta la base de los valores de igualdad y de mérito,

²⁷ A los trabajos clásicos sobre las derechas latinoamericanas y argentinas se suman en años recientes excelentes trabajos sobre el ideario de las denominadas “nuevas” derechas y sus continuidades o diferencias con relación a procesos previos, destacando sobre todo su articulación con la tradición liberal. Para un panorama regional un buen ejemplo es el volumen de Domínguez, Lievesley y Ludlam (2011). Para un completo panorama de la producción reciente ver Giordano, Soler y Saferstein (2017). En el caso argentino destacamos los trabajos de Vicente (2015) y Morresi (2010) sobre la tradición liberal conservadora, la reflexión de Giordano (2014) sobre continuidades, discontinuidades y el debate conceptual, y una serie de análisis sobre el fenómeno partidario de la Alianza Cambiemos (Giordano y Soler, 2016; Vommaro, 2017a; Vommaro y Morresi, 2015). Un ejercicio que encontramos sincrónico con nuestro análisis se encuentra en la reflexión de Vommaro (2017b) sobre el fenómeno político de Cambiemos y un “cambio cultural” que excede el análisis estricto de los intelectuales o la dimensión institucional partidaria. Sobre la circulación de nuevas constelaciones de valores conservadores en el mundo juvenil y la industria cultural de masas, resulta fundamental el trabajo de Goldentul y Saferstein (2020).

²⁸ Eso requiere no proyectar nuestras imágenes sobre el mundo intelectual o los militantes, que supondrían adhesiones y convicciones firmes, explícitas y sistematizadas en un discurso coherente y diseñado para la intervención pública a los modos más cotidianos de pregnancia de las ideologías políticas. Es posible que ni siquiera en esos espacios institucionales o corporativos funcione de esa manera.



uno de los núcleos centrales de las ideas liberales de libertad, respeto de la diferencia y de las reivindicaciones progresistas frente a las concepciones jerárquicas de la herencia, la sangre y la autoridad inamovible. Estos usos del individualismo son usos situados, muestran disputas y recurrencias prácticas del campo semántico que rodea el valor de la idea de individuo como configuración moral y atraviesa, por lo menos, la experiencia de las llamadas sociedades complejas contemporáneas. Su derrotero como uso práctico es complejo y sinuoso: ha sido criticado por ser la fuente de la disolución social o reivindicado como vehículo de la libertad y la libre elección.

Más allá de los usos prácticos, entendemos aquí como configuración individualista a un orden lógico que excede las disputas por su significado. Tal como señaló Dumont (1987a), ha sido al mismo tiempo la base del proyecto moderno y sus críticas, encontrándose tanto en la ciudadanía, sustento de la idea de nación, como en la idea de solidaridad. Contra lo que habitualmente se supone, la solidaridad no se opone al individualismo, sino que es su consecuencia: sólo existe en la medida en que hay individuos que sean solidarios. Para Dumont, el “individualismo” no es lo que se opone a lo “social”, sino un valor ideológico que organiza y precede tanto la idea de individuo como sujeto autónomo como la idea de lo social en tanto agregado de individuos. El acceso a la ideología individualista no se da únicamente por medio de la experiencia intersubjetiva, sino por la puesta en relación de esa dimensión sensible con totalidades abiertas. Es justamente el análisis comparativo de esas constelaciones lógicas lo que sería el objeto de la antropología de las sociedades modernas. Las mismas no existen en sí, sino sólo en el contraste analítico (Dumont, 1987b). Estamos utilizando, entonces, el término individualismo en este sentido lógico y analítico, que no es sinónimo de las disputas por los usos prácticos y experienciales del término “individualismo”, sino uno más estructural, de larga duración y que es resultado del contraste con lógicas no individualistas que se encuentran mucho más allá de una mirada encriptada en las sociedades modernas. Para Dumont, sólo podemos entender el fenómeno individualista en contraste con otros órdenes ontológicos de construcción de la persona, que provienen de ejemplos etnológicos o históricos no modernos.

¿Para qué nos sirve esta idea del individualismo como lógica general de las sociedades contemporáneas? ¿Qué tiene que ver ello con el giro conservador en Latinoamérica? Desde la década de 1970 una corriente influyente de la antropología brasilera hizo un uso bastante creativo de las ideas de Dumont para reflexionar sobre la vitalidad de ideologías jerárquicas que mantenían cierta distancia del modelo igualitario del individualismo. De este modo, el ensayo de interpretación nacional de Roberto Da Matta (1979), sobre todo su particular reflexión acerca de las relaciones jerárquicas de la cultura nacional inscriptas en las micro escenas cotidianas de la vida urbana, en las figuras del “malandro”, el “héroe” y en el Carnaval, y el análisis situado de Luiz Fernando Dias Duarte (1986) sobre los modos relacionales de construcción de la persona en torno al padecimientos de “nervios” en el mundo popular urbano de una periferia de Río de Janeiro, ambos mostraban la persistencia de configuraciones donde el individualismo



igualitario aparecía subordinado a principios ideológicos basados en concepciones jerárquicas (que afectaban los modos de entender la familia, la política-ciudadanía, la religiosidad y la propia persona)²⁹.

Menos sustanciales para pensar la región han sido los análisis de Dumont sobre el fenómeno del autoritarismo moderno, con base en el ejemplo histórico del nazismo, donde desarrolla la hipótesis de que lejos de ser una manifestación regresiva de los valores modernos la experiencia del nazismo se entronca en una deriva posible del individualismo. La crítica al igualitarismo y la democracia se montan sobre una versión particular del valor individualista. Sobre todo, a partir de los valores en torno a la idea de “lucha de todos contra todos” y el darwinismo social derivado de ese principio, la interpelación al “hombre común” de la prédica autoritaria que desconfía de los valores monárquicos, y la utilización nacionalista, es decir eminentemente moderna, de la idea de “raza” (Dumont, 1987c).

Este movimiento del análisis sobre la ideología individualista nos resulta particularmente útil, porque evita la mirada habitual que asocia las posiciones conservadoras con resabios de una mirada arcaica o, en el peor de los casos con persistencias “tradicionales”, sugiriendo una lectura binaria entre lo moderno y lo tradicional de corte evolutivo. Al mismo tiempo, nos enfrenta con una mirada posible sobre los rasgos individualistas del llamado “giro conservador” a la luz de los fuertes procesos de individualización en las décadas recientes.

Las profundas transformaciones de la última parte del siglo XX y las primeras décadas del XXI han hecho más complejo el imaginario binario entre valores individualistas y jerárquicos, mostrando una nueva fase del individualismo, profundizada por la amplia difusión del modelo de una sociedad mercantilizada.

La conformación de las naciones latinoamericanas modernas estuvo marcada por la construcción de individuos-ciudadanos, con diferentes niveles de eficacia. En Argentina, esta proyección del individuo-ciudadano fue resultado de políticas públicas que construyeron una autoimagen homogénea de la nación: higienismo médico, catolicismo social, servicio militar obligatorio, ejército de frontera, policía y educación pública fueron parte de una trama de individualización que organizó lo moralmente aceptado.

Desde la década de 1960, y a pesar de los gobiernos autoritarios, un movimiento de cambio cultural alteró los modelos de familia, las prácticas religiosas, los usos de la industria cultural en expansión, los modos de afectividad y sexualidad, en base a un proceso de autonomización que supuso un nuevo capítulo en la historia del individualismo argentino³⁰. La llamada “crisis generacional” de esa década habilitó nuevos modos de establecer relaciones con los otros y con uno mismo, amparados en recursos de autoconocimiento donde el psicoanálisis resultó paradigmático. Estos no eran contradictorios con un proceso de politización creciente de las generaciones más jóvenes. En realidad, el proyecto de auto-indagación de uno mismo que las técnicas psi popularizadas habilitaban era parte de un mismo cambio cultural.

²⁹ El uso del ensayo de Roberto Da Matta para reflexionar sobre las posibles diferencias comparativas con un individualismo igualitario más preeminente en el contexto argentino y los modos corporativos de agregación locales fue célebremente tratado por Guillermo O’Donell (1984) en un trabajo que es ya un sentido común académico. Para un balance clásico y contemporáneo sobre el particular impacto de Luis Dumont en la antropología ver Duarte (2017).

³⁰ Esta lectura general se refiere a los valores dominantes con foco en los contextos urbanos, teniendo en cuenta que incluso esos ámbitos están más caracterizados por las reapropiaciones y la heterogeneidad que por una difusión homogénea de esos valores.



La llegada de la democracia en la década de 1980 consolidó en el plano político y cultural un proceso de democratización alrededor de los principios de “libertad” y “autonomía” que se difundieron en la vida social de un modo nuevo sobre el escenario de la democracia política pero que se consolidaron en la vida cotidiana de modos aun poco analizados en conjunto: nuevas formas de organización familiar, movimientos que reivindicaban la igualdad de género, el multiculturalismo, nuevas sensibilidades estéticas vinculadas con el rock y nuevos modos de vida urbanos, terapéuticos, como las terapias alternativas, y religiosas, desde el pentecostalismo en el mundo popular a las nuevas espiritualidades entre los sectores educados. Estos cambios en la vida cotidiana fueron la contracara de un modelo económico de mercado, basado en el “ciudadano-consumidor” (Fridman, 2008), que se profundizó durante la dictadura militar (1976-1983) y que confluyeron en un tipo de individualismo asociado con la creatividad subjetiva, el emprendedorismo y la desconfianza a la autoridad jerárquica. El ciclo socio-cultural que se inició en 1983 garantizó libertades individuales en términos políticos y culturales que la década anterior profundizó en una versión estrictamente económica.

Contra la idea del sacrificio, marca tanto de una moral del esfuerzo y el mérito como de una generación abnegada por la transformación social y personal, surgían diferentes reivindicaciones del placer “aquí y ahora”. En las dos últimas décadas del siglo XX, los nuevos estilos de vida que llegaban tardíamente a Argentina como parte de una contracultura a destiempo, críticos de la jerarquía y el autoritarismo de los años de la dictadura, se masificaron, entraron en las relaciones cotidianas, en los medios de comunicación y en las instituciones. Por su parte, el consumo promovido por una economía expansiva luego de la crisis de 2001 consolidó un esquema de expectativas que se enmarcan en un proceso general vinculado con el individualismo hedonista, que si por un lado reivindica el modelo igualitario lo hace a partir de un ethos expresivo, estetizado y centrado en la experiencia personal como eje de la transformación. Las consignas del cambio en “uno mismo” como principio de la transformación colectiva no son un rasgo de posiciones conservadoras ni de proyectos emancipadores en sí mismos, sino que atraviesan por igual modos de subjetivación que, eventualmente, pueden llevar esos principios a usos conservadores o emancipadores según sea el caso.

Esta modalidad del individualismo contemporáneo constituye una constelación de valores sustantiva, ampliamente difundida en la sociedad y con particular fuerza en las generaciones más jóvenes. Según el censo de 2010 la mayor parte de la población argentina en edad de votar (aproximadamente el 65%) nació luego de la década de 1960 y entre ellos la gran mayoría lo hizo después de la década de 1970 (INDEC, 2010). Es decir, las trayectorias de una buena parte de la población, lejos de estar marcadas por el peronismo clásico, la revolución cultural de la década de 1960 e incluso por la última dictadura militar, están atravesadas por los imaginarios democráticos de la década de 1980, las tardías contraculturas locales, la liberalización económica del menemismo, las crisis inflacionarias, el derrumbe social y económico del 2001, el consumo popular durante los gobiernos kirchneristas y el reciente fallido experimento de Cambiemos.



La ofensa moral

Casi el 50% del electorado brasilero eligió a Jair Bolsonaro, un candidato inesperado en un orden político bombardeado por los ruralistas, las elites empresariales, el fundamentalismo religioso y un sistema de medios faccioso. El presidente de Brasil representa los elementos más conservadores de las sociedades contemporáneas: la xenofobia, el racismo y la homofobia. Pero esos elementos se montan sobre una apología del individuo como el locus de la propiedad y una defensa del “sentido común”. Es muy posible que el ejemplo del bolsonarismo sea incomparable con otras experiencias regionales; sin embargo, una mirada más cercana debería reconocer que hay un movimiento común en procesos políticos regionales. En Argentina, una parte del electorado votó democráticamente una opción conservadora institucionalmente legítima, como la Alianza Cambiemos, que si bien no aglutina exclusivamente corrientes de derecha confluyen allí posiciones liberales y liberal-conservadoras (Vommaro y Morresi, 2015; Vommaro, 2017a, 2017b). Más allá de ello, se percibe un movimiento regresivo y creciente en la esfera pública, pero también en la vida cotidiana, de apoyo a rígidas políticas de ajuste, endurecimiento del sistema represivo y el desprestigio a los derechos sociales y humanos. Desde hace tiempo se observa en la región un clima social que se manifiesta en los distintos contextos nacionales de diferente modo: un nuevo espacio de enunciación pública neo-conservadora capilar, que pide acción represiva, persigue la protesta social y cuestiona las identidades de género. ¿Cómo se explica esta nueva enunciación y prácticas políticas conservadoras? ¿Cómo una persona que hace poco tiempo defendía valores democráticos hoy puede defender, sin ningún conflicto, una política autoritaria?

Nos interesa reflexionar sobre cómo una mirada “desde abajo” podría ayudarnos a entender un proceso mayor de adhesión a valores y regímenes de subjetivación neoconservadores en amplias capas sociales, más allá de las asociaciones directas entre ese cambio cultural y las posibles adhesiones políticas y opciones electorales. Las interpretaciones habituales sobre la re-jerarquización social hacen hincapié en que esa deriva neoconservadora es estrictamente un fenómeno del campo político. También, que esa deriva tiene que ver con los medios de comunicación, por apoyo explícito u omisión. Ese argumento se entronca en uno más amplio: el crecimiento de las derechas es la contra-reacción a los llamados gobiernos progresistas o, en sentido más amplio, a un movimiento de ampliación de derechos de género, étnicos o minoritarios en general. Sin descuidar ninguna de esas razones (todas en cierta medida parte del problema), nos parece que hay algo mucho más sustancial y menos fácil de asir, que no está del todo puesto en el debate: la vida cotidiana, las mediaciones situadas, los modos de subjetivación y los procesos de cambio cultural recientes.

La violencia simbólica y real tiene un nuevo protagonismo cotidiano que se consolida en un sentimiento anti-pobre, anti-negro, anti-progresismo que emerge al pasar en interacciones cotidianas, en los medios de comunicación, y en los discursos públicos legitimados. Hay hechos significativos que emparentan los discursos de odio recientes en Argentina con otros contextos de América Latina.



Un primer ejemplo es la violencia política contra minorías étnicas amparada por el Estado. El conflicto en la Patagonia argentina por los territorios mapuches es de larga data, pero en los últimos años se ha visto profundizada por una opinión pública y un sentido común anti-indio ampliamente difundido. Es en este contexto que cobra relevancia la construcción de un problema público en torno a la muerte del activista Santiago Maldonado y el asesinato del manifestante mapuche Rafael Nahuel, ambos en contextos de represión gubernamental. Estos son sólo dos casos de un número público sobre violencia gubernamental que ha crecido en los últimos años en Argentina.

Por otro lado, ganan legitimidad pública emprendimientos políticos espectacularizados, como los de Javier Milei, un economista ultraliberal con fuerte presencia mediática y con un discurso profundamente autoritario y estigmatizante o los de grupos de jóvenes autodefinidos como “de derecha” que aglutinan estilos juveniles anti-sistema, coleccionan cientos de miles de seguidores en redes sociales y configuran una sensibilidad en torno referentes de una derecha “pop” a nivel regional. Ejemplos de ello son la guatemalteca Gloria Álvarez, conferencista y escritora identificada como libertaria que desarrolla una campaña contra el “progresismo” en la región, y los argentinos Agustín Laje y Nicolás Márquez, que han escrito un *best seller* político, *El libro negro de la nueva izquierda*, una intervención contra las políticas redistributivas, la “ideología de género” y a favor de las políticas represivas, con amplia repercusión incluso más allá de Argentina. Como señalan Goldentul y Saferstein (2020), en un artículo pionero sobre seguidores de este fenómeno editorial-político, en torno suyo se construye toda una sensibilidad vinculada con la disidencia anti-sistema que combina el desafío a la autoridad, la idea de autonomía personal y un sentimiento anti-político de frustración con los principios democráticos.

Finalmente, un polo de consolidación de los discursos conservadores se ha dado en Argentina en torno al debate sobre la legalización del aborto y, en un sentido más amplio, alrededor de los avances en las políticas de género, como el matrimonio igualitario, y la incorporación de una agenda feminista a la gestión pública. Durante el debate que se dio en el Congreso Nacional por la ley de despenalización del aborto en 2018 se consolidó un movimiento pro-vida que agrupa sensibilidades políticas muy heterogéneas. Entre ellas, emergieron voces públicas que explícitamente se identifican con posiciones conservadoras. Una de ellas es la médica Chinda Brandolino, activista católica conservadora, vinculada con organizaciones y medios de derecha que se ha convertido en referente de los movimientos pro-vida. Brandolino es ejemplo también de toda una sensibilidad conspirativa que acusa al comunismo y a George Soros de planes de eugenesia y esterilización obligatoria para la región. Su relevancia pública tal vez sea relativa, pero su legitimidad en determinados espacios sin dudas puede ser sintomática de un sentido común que encuentra en ella un nuevo referente.

¿Qué ocurrió en las últimas décadas para que esos valores se pongan en acción, colonicen el discurso y la práctica cotidiana, política y mediática a un nivel explícito novedoso? Pensar el autoritarismo implica atender muy especialmente a los sistemas morales en acción, sus formas de imaginar, desear y producir relaciones sociales en sus propios términos y no remitirlos a causas externas como el “Estado”, el “sistema político” o los “medios”. Tal vez cada uno de esos actos no sea una reacción automática anti-derechos



sociales, anti-derechos de género, anti-progresismo. Lo es en un nivel evidente, pero sus causas no se explican por una metafísica ideológica conservadora históricamente opuesta a la emancipación y la libertad. En todo caso, un análisis de esas manifestaciones puede señalar la presencia del sentimiento anti-progresismo, anti-igualdad de género, anti-feminismo, anti-pobres, anti-negros; sin embargo, ello no explica, por qué ahora, por qué en esta intensidad, por qué produce adhesión en personas que no son ideólogos conservadores y que hace sólo algunos años podrían haber apoyado causas contrarias.

Las escenas del neo-autoritarismo cotidiano son ritualizaciones de un modo muy contemporáneo de sentirse ofendido. Son parte de una relación moral situada, heredera de la historia reciente y de sus modos de subjetivación. El anti-progresismo es resultado de un sentimiento de frustración que es consecuencia de una ofensa moral. Pero ¿cuáles son los valores que se sienten ofendidos para producir ese enojo? Nuestra hipótesis es que justamente el individualismo hedonista es la base de esa ofensa moral.

Quien se ve ofendido, se siente vulnerado y reacciona pidiendo orden. Ese fue, por ejemplo, el análisis clásico del concepto de “pánico moral”; es decir, una economía de valores que se siente ofendida por una situación novedosa, vivida como amenaza. El paradigma de ese análisis fue llevado a cabo por Cohen (1980), al describir la paranoia social y mediática frente a la “violencia juvenil”, que la mirada conservadora de la cultura dominante británica de la década de 1960 identificaba con nuevos estilos de vida juveniles. El pánico moral se basa entonces, en una ofensa que proyecta la causa de la amenaza en diferentes factores imaginarios: los jóvenes y el comunismo, en el modelo clásico; o la ideología de género y el populismo hoy. Pero esa ofensa es el agravio de un modelo moral que, si en la década de 1960 podía asociarse con los valores tradicionales, hoy parecería estar más cerca de los principios del desarrollo personal y el despliegue del yo. Esa es una de las versiones de la moral individualista que se consolidó con la promoción de una cultura del consumo, como parte de un proceso más amplio de las últimas décadas y que se vio exacerbada por los gobiernos “progresistas”. Al mismo tiempo, esa moral es heredera de los nuevos hedonismos y nuevas formas de cuidado de uno mismo. Es posible que el individualismo ganado a costa de políticas de desarrollo y consumo interno sea un artefacto ambivalente. Por un lado, es el fundamento moral de los valores de autonomía que moviliza el igualitarismo emancipatorio. Por otro, el que consolida una moral del derecho propio y que se siente ofendida por promesas incumplidas de autonomía y empoderamiento por el estancamiento económico, la corrupción y la inseguridad cotidiana. Es factible conjeturar que la crisis, la corrupción y la violencia cotidiana no son nuevas, pero no siempre estuvieron confrontadas con subjetividades fraguadas por el individualismo de mercado cultivado en las últimas décadas.

Mirar el conservadurismo contemporáneo más allá de ideologías galvanizadas y organizaciones institucionales nos permite localizar esos procesos en el marco más general del individualismo contemporáneo y desmarcar a las nuevas derechas de la imagen clásica y unidimensional anclada con la jerarquía y la tradición. Al mismo tiempo, la economía moral de una ofensa que genera pánico moral contra la igualdad de género, el populismo y el supuesto caos producido por políticas distributivas, nos



permite identificar un contexto muy específico de tensión y frustración por la imposibilidad de cumplir las expectativas de despliegue de los valores de un individualismo hedonista. Para el caso brasilero, Pinheiro Machado y Mury Scalco (2018) mostraron los apoyos juveniles a Bolsonaro en sectores populares de Porto Alegre a partir de un análisis sobre los estilos de vida centrados en un yo estetizado, que era consecuencia del contexto de ampliación del consumo promovido por los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT). Lo interesante de su análisis es que muestran el sentimiento de frustración y de ofensa moral como la base de una opción anti-sistema entre jóvenes que no eran fascistas convencidos y quienes incluso habían apoyado al PT en el pasado. En un sentido similar, entendemos que es ese individualismo la base de la ofensa moral que lleva a un giro conservador y al desarrollo de pánicos morales contra el “progresismo”. En lo que sigue, nos referiremos brevemente a un proceso simultáneo de esta corriente del individualismo contemporáneo vinculado con la desconfianza generalizada y la construcción de teorías conspirativas que se articulan con el giro conservador.

El lenguaje de la desconfianza

La pandemia de COVID-19 parece haber profundizado algunos de los discursos de desconfianza que existen en la sociedad en general como parte de procesos de crisis de los modelos más clásicos de legitimidad de las instituciones, articulándose eventualmente con discursos cercanos al giro conservador. Una serie de intelectuales cercanos a posiciones liberal-conservadoras publicaron una solicitada denominando “infectadura” al gobierno de Alberto Fernández y reivindicando la “libertad” contra la política de asilamiento obligatorio. Durante 2020, en el pico de los contagios, organizaron una serie de manifestaciones. Allí se podía encontrar un conjunto heterogéneo de activistas identificados como anti-populistas, defensores de la República, conviviendo con grupos ecologistas, activistas contra el fracking y la vacunación obligatoria, y también afectados por las políticas de aislamiento. El tono anti-sistema de los manifestantes se podía leer en sus gritos y sus carteles: “infectadura”, “abajo la falsa pandemia”, “liberen el dióxido de cloro”, “Milei presidente”, “contra el fracking y la vacunación irrestricta”, frases que reverberaron durante todo el 2020 en las redes sociales, arrastrando una ola de desconfianza en el aislamiento y en las recomendaciones científicas de epidemiólogos y médicos.

La desconfianza en los datos científicos y los discursos conspirativos se han consolidado como otro de los rasgos propios de los nuevos conservadurismos. Los llamados negacionismos han sido siempre parte de procesos políticos y cognitivos aunque no sean procesos novedosos. Pero sí ocupan un lugar inesperado en el espacio público, en tanto expresiones que asumen una mirada totalizante, paranoica y montada en la teoría del complot. En Argentina la crítica a los laboratorios que desarrollan las vacunas contra el COVID-19 y a los sistemas de vacunación obligatoria presentan un apoyo relativo con fuerte visibilidad en los últimos años y, si bien sus defensores pertenecen a espacios diversos, muchas veces confluyen con



influencers neoconservadores o líderes de opinión “alternativos” del universo de las llamadas nuevas derechas, como la ya mencionada Chinda Brandolino³¹.

¿Cuál es la relación entre la desconfianza en los criterios de evidencia y el individualismo hedonista? Entendemos que es justamente ese aspecto el que funciona como un fundamento moral contra la política de aislamiento social obligatorio y las medidas radicales tomadas a partir de la pandemia, que son interpretadas como una amenaza a las libertades individuales y como una ofensa moral a sus valores más sagrados. La defensa épica de la República en el discurso conservador contemporáneo es acompañada por sensibilidades mucho más radicales e ideológicamente articuladas como las de jóvenes identificados con el hiperindividualismo y la tendencia libertaria, que suelen articular un sentimiento anti-sistema, una estética rebelde y una reivindicación de la libertad individual como solución a todos los problemas. Con fuerte presencia en redes, esta sensibilidad se acomoda bien a los reclamos anti-populistas más convencionales, desplegando un liberalismo-conservador en su rechazo explícito o por omisión de valores básicos como la vida. Es en ese descuido por la vida común que tal vez se encuentre el marcador más evidente de la nueva derecha, que renuncia al proyecto civilizatorio de reconocimiento de los Otros que incluso fue parte de las corrientes que confluyeron en liberalismo clásico.

En simultáneo, buena parte de las reivindicaciones de un conocimiento alternativo o del rechazo explícito de los datos científicos desplegados por médicos, epidemiólogos y recomendaciones avaladas por instituciones como la Organización Mundial de la Salud (OMS) se basan en la propia experiencia como fundamento de creencia. Este aspecto muestra hasta qué punto la confianza en saberes legitimados por instituciones o saberes técnicos han perdido legitimidad frente al argumento de la experiencia personal o la perspectiva del entorno como fundamento último: si no fue visto o experimentado no existe. El argumento basado en la sensación individual por sobre la evidencia científica avalada por organizaciones y saberes especializados muestra también un proceso de democratización del conocimiento que, vía redes sociales digitales y una crisis de la autoridad científica, desdibuja la jerarquía entre el dato, su interpretación y la opinión.

Esa desconfianza social se encuentra íntimamente asociada con modos contemporáneos de circulación del conocimiento y su consecuencia directa: la proliferación de teorías conspirativas. Los análisis habituales sobre este tipo de fenómeno muchas veces toman sus consecuencias sin indagar en sus causas. Entender esas posiciones como falta de racionalidad, desviación normativa, el resultado de la ignorancia o una “falta cognitiva” a ser remediada con más y mejor información, dan por sentado que el problema es únicamente el del acceso a información fidedigna. Esas perspectivas corren el riesgo de no asumir el fundamento ontológico que la sustenta y por lo tanto la fuerza de realidad que ese tipo de miradas adquieren. En cambio, entenderlas en sus propios términos y considerarlas como parte de un proceso más amplio vinculado con individualismo centrado en la experiencia subjetiva como una dimensión

³¹ La organización de origen europeo “Médicos por la Verdad” o la local “Epidemiólogos Argentinos” son dos de las más activas en la difusión de lo que ellos entienden como modelos alternativos de evidencia y en desplegar miradas de desconfianza sobre los datos de la OMS y el Ministerio de Salud de la Nación.



fundamental permitiría poner en perspectiva las ideas del acceso a la información y el foco en los modos de subjetivación que atraviesan por igual los discursos de odio y el lenguaje de la desconfianza en la evidencia científica.

Conclusiones

Acabamos de subrayar que el clima político asociado con un giro conservador no es solo un problema de opciones políticas o discursos de ideológicos sistemáticos encarnados en intelectuales, sino además una nueva sensibilidad cotidiana. Contra la idea de que esa dimensión de lo cotidiano es solo una práctica heterogénea sin sistematicidad, insistimos en que existen regularidades ordenadas a partir de una lógica individualista como plano ontológico de fondo que nos permite leer transversalmente una corriente centrada en el consumo, el trabajo con uno mismo y el desarrollo personal que se ha consolidado en las últimas décadas y que responde a procesos históricos más generales vinculados tanto a los procesos de democratización como de mercantilización de la vida. Por lo tanto, más que una continuidad con las ideologías jerárquicas y los modos de vida llamados tradicionales, el autoritarismo cotidiano contemporáneo es una deriva del propio individualismo. La indignación moral por “mantener vagos”, “dilapidar el presupuesto”, la “corrupción” o el “totalitarismo de género” tal vez pueda entenderse indagando más en esa subjetividad centrada en el esfuerzo, la propiedad de uno mismo y la apología anti-intelectual del “sentido común” que identificamos como un individualismo autoritario. Esa misma ofensa es lo que podría explicar, en sus versiones más extremas, la intolerancia y la deshumanización del Otro.

En lugar de explicar el autoritarismo emergente como un efecto de las elites políticas o los medios, sería bueno indagar en las mediaciones que conectan estas subjetividades con aquellos espacios y entenderlos en conjunto. El objetivo de este ensayo fue reivindicar que una mirada sobre el giro conservador “desde abajo” nos permitiría también pensar, por lo menos dos cuestiones. En primer lugar, escapar a la razón del sentido común que habitualmente considera un orden binario en donde existe un campo homogéneo que, al identificarse con discursos de odio, deviene automáticamente conservador como una identidad galvanizada de extrema derecha y sobre la cual es imposible incidir. En segundo lugar, considerar a las adhesiones políticas y los discursos de odio no únicamente como una ideología dada, sino como resultado de procesos y prácticas situadas que son el resultado de ofensas morales. En este caso, entendemos que la crisis de expectativas que produce buena parte de las reacciones de indignación y decepción se basa en un individualismo hedonista que se ve vulnerado y quiere ser restituido como una moral de autoafirmación personal en opciones anti-sistema y en proyectos alternativos.

Al mismo tiempo, este trabajo reflexionó sobre cómo el individualismo autoritario es parte de un proceso de falta de certeza sistémica, que habilita muchas de las teorías conspirativas y los escepticismos científicos contemporáneos, con fuerte visibilidad en el contexto de la pandemia del COVID-19. Atender a un tipo de ontología individualista exacerbada como un régimen de subjetivación general, nos permite conectar los discursos de desapego a los valores democráticos igualitarios y de reconocimiento del Otro



con el escepticismo en criterios de objetividad basados en la evidencia científica comprobada. La trama que recorre ambos regímenes de confianza se ve vulnerada por un tipo de individualismo que promueve más la confianza en la experiencia subjetiva y los criterios de verdad del entorno, que en razones ancladas en saberes certificados.

Profundizar este tipo de análisis podría ser solo un ejercicio teórico-metodológico, pero entendemos que ello es también un ejercicio político. Se trataría de un error estratégico leer el giro conservador como la consolidación de un bloque ideológico homogéneo, identidades firmes y restringirlo a espacios institucionales. Entender la porosidad, la complementariedad y los tránsitos en las adhesiones a discursos de odio y el mecanismo de ofensa moral que sobrevuela al individualismo contemporáneo tal vez pueda mejorar las condiciones de diálogo y las posibilidades de ofrecer discursos alternativos.

Bibliografía

- Cohen, S. (1980) [1972]. *Folk Devils and Moral Panics: the Creation of the Mods and Rockers*. Oxford: Martin Robertson.
- Da Matta, R. (1979). *Carnavais, malandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro: Zahar.
- Duarte, L. F. D. (1986). *Da vida nervosa nas classes trabalhadoras urbanas*. Río de Janeiro: Zahar/CNPq.
- Duarte, L. F. D. (2017). O Valor dos valores: Louis Dumont na antropologia contemporânea. *Sociologia & Antropologia*, 7 (3), 375-772.
- Dumont, L. (1987a). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dumont, L. (1987b). El valor en los modernos y en los otros. En *Ensayos sobre el individualismo* (pp. 239-276). Madrid: Alianza Editorial.
- Dumont, L. (1987c). La enfermedad totalitaria. En *Ensayos sobre el individualismo* (pp. 157-187). Madrid: Alianza Editorial.
- Fridman, D. (2008). La creación de los consumidores en la última dictadura argentina. *Papeles de Investigación del CECyP*, 14, 71-92.
- Giordano, V. (2014). ¿Qué hay de nuevo en las “Nuevas derechas”? *Nueva Sociedad*, 254, 46-56.
- Giordano, V. y Soler, L. (2016). Editoriales, think-tanks y política. La producción y circulación de las ideas de las nuevas derechas en Argentina. *Revista Paraguaya de Sociología*, 147, 35-51.
- Giordano, V., Soler, L. y Saferstein, E. (2017). Las derechas y sus raros peinados nuevos. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 30, 171-191.
- Goldentul, A. y Saferstein, E. (2020). Los jóvenes lectores de la derecha argentina. Un acercamiento etnográfico a los seguidores de Agustín Laje y Nicolás Márquez. *Cuaderno del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación*, 112, 113-131.



INDEC. (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Recuperado de: <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-CensoNacional-3-999-Censo-2010>

O'Donnell, G. (1984). *¿Y a mí, que me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil* (Documento de Trabajo Nº 9). Notre Dame: Kellogg Institute- University of Notre Dame. Recuperado de: https://kellogg.nd.edu/sites/default/files/old_files/documents/009_0.pdf

Morresi, S. (2010). El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional. *Sociohistórica*, 7, 103-135.

Pinheiro-Machado, R. y Mury Scalco, L. (2018). Da esperança ao ódio: a juventude periférica bolsonarista. *Cadernos IUHideas*, 278 (16).

Vicente, M. (2015). *De la refundación al ocaso. Los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura*. La Plata: FaHCE/UNGS.

Vommaro, G. y Morresi, S. (Eds.). (2015). *Hagamos equipo. PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Vommaro, G. (2017a). *La larga marcha de Cambiemos: la construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Vommaro, G. (2017b). La centroderecha y el “cambio cultural” argentino. *Nueva Sociedad*, 270, 4-13.

